

Los seguidores de películas, novelas, series o videojuegos desatan campañas cada vez más virulentas contra sus creadores hasta cambiar el producto final

El público hace y deshace en sus obras predilectas

TOMMASO KOCH, Madrid
Dylan D. trabaja como analista en el sector sanitario. Pero considera que también sabe mucho de guiones. Más, por lo menos, que dos reconocidos profesionales del sector audiovisual: David Benioff y D. B. Weiss, responsables de *Juego de Tronos*. Tras asistir disgustado al arranque de la última temporada de la serie, el espectador publicó en 2019 una petición *online* para pedir a la productora, HBO, que “rehiciera” el bloque final de episodios “con escritores competentes”. Cuenta, a día de hoy, con 1.856.982 firmas.

Algunos de sus argumentos, que explicó en una entrevista con la web *Heavy.com*, se siguen oyendo entre los seguidores: hubo prisa por cerrar la trama y el guion empeoró cuando dejó de tener como referencia las novelas de George R. R. Martin. Otras teorías, en cambio, resultan más personales: batallas que no tienen sentido “estratégicamente”, decisiones “idiotas” de los personajes y, sobre todo, la fría despedida de Jon Nieve con su lobo, *Fantasma*. Algo que, como dueño de dos perros, a Dylan D. le dolió especialmente. “Esta petición no es cosa mía. Cualquier friki pasional podría haberla lanzado”, afirma el usuario.

Y no le faltaba razón. Películas, series, libros o videojuegos siempre han despertado amor y odio. También están para eso, en el fondo. Desde hace unos años, sin embargo, las campañas de indignación se han vuelto más habituales, masivas y, sobre todo, virulentas. Tanto que, en algunas ocasiones, hasta consiguen condicionar la creación y el resultado final. Simone Driessen, profesora asistente en el departamento de Media y Comunicación de la Universidad Erasmo de Róterdam y experta en cultura pop, apunta: “Antes podías expresar tu frustración con una carta al productor o a una sala. Los demás no lo veíamos. Pero ahora puedes compartir rápidamente en las redes sociales tu opinión, está al alcance de otros, y habrá gente que quizá se sume”.

Una oleada de ira arrolló el anuncio de que *Los cazafantasmas* volverían al cine con un equipo compuesto solo por mujeres. Y el primer tráiler del filme, en 2016, se convirtió enseguida en el peor valorado de la historia

‘Los 100’ recibió críticas por la muerte de Lexa, una de sus protagonistas

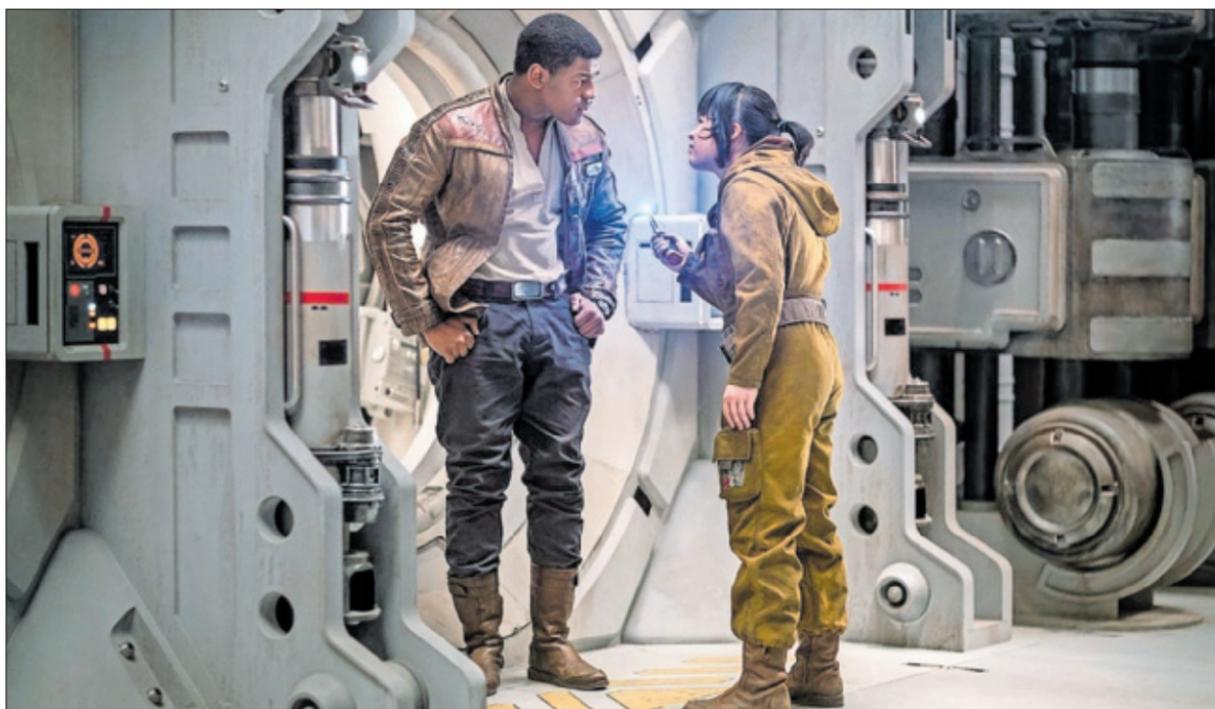
Dos millones de fanes de ‘Juego de Tronos’ firman para alterar la última temporada



Eliza Taylor (derecha) y Alicia Debnam-Carey, en *Los 100*.



Kit Harington, en el papel de Jon Nieve, acaricia al lobo *Fantasma* en *Juego de Tronos*.



John Boyega y Kelly Marie Tran, en *Los últimos Jedi*.

de YouTube. Ataques parecidos han sufrido el próximo regreso de *La sirenita* o la nueva serie de *El señor de los anillos*: ni Ariel ni los elfos, por lo visto, pueden ser negros. “Sucedió también con el personaje de Hermione en la obra de teatro de Harry Potter. Y eso que en los libros no se menciona el color de su piel”, apunta Driessen. Racismo, machismo u homofobia por parte de algunos fanes son la cara peor del fenómeno. Pero, a la vez, plantean un debate relativamente sencillo de resolver: solo se puede estar en contra de esas protestas. Hay, sin embargo, dilemas mucho más complejos de resolver.

Por ejemplo, ¿qué decir del apoyo incondicional al cineasta Zack Snyder de miles de seguidores dispuestos a votar tanto por su *Ejército de los muertos* como a ayudarlo a conseguir el primer Oscar a la película preferida por el público? Un artículo del medio estadounidense *Vox* repasaba en 2019 más episodios grises, como el protagonizado por la serie *Los 100*. Al principio, ofreció al público *queer* un raro oasis de identificación: un idilio lésbico en el centro de la narración. Clarke y Lexa. Los propios creadores colgaban en la Red mensajes a favor de amar a quien se quiera, hasta que decidieron asesinar a Lexa.

Y el público se dividió: en una serie dada a eliminar por sorpresa a sus personajes, cabía esperárselo. Pero otros acusaron a *Los 100* de *queerbaiting*: es decir, la inclusión superficial de personajes del colectivo LGTBI únicamente para obtener más aplausos y dinero.

¿Elección creativa? ¿Traición? Muchos seguidores de la serie *Veronica Mars* sintieron lo segundo. Porque solo una campaña de micromecenazgo permitió rodar en 2014 un filme para dar continuidad a una serie que había sido cancelada en 2007. El público sacó de sus bolsillos más de cinco millones de dólares y la tra-

ma resucitó. Volvió a la gran pantalla, y luego a la pequeña. Pero, entonces, en el final de la cuarta temporada, el creador, Rob Thomas, mató a Logan, el eterno amor de la protagonista. Y rompió de algún modo un pacto, según el frente más crítico: quien pagó lo hizo sobre todo para ver cómo seguía esa relación.

Las respuestas de la industria también varían. En 2018, tras *Los últimos Jedi*, octava entrega de la saga principal de *Star Wars*, surgió un movimiento para que otro director volviera a filmar el largo que había realizado Rian Johnson, acusado de arruinar la mitología que rodea a Luke Skywalker y compañía. Sus miembros tachaban la película de “blasfema” y prometían consultar al *fandom* para realizar “algo lo más universalmente aceptado posible”. Lejos de molestar, el cineasta, con un mensaje en Twitter, les suplicó que por favor lo hicieran.

Como afirmó en *Vox* la crítica Emily VanDerWerff: “Está claro que, desde finales de la década pasada, un grupo de seguidores comprometido puede suponer la diferencia entre la vida y la muerte de un montón de propiedades culturales”. Así que el público atesora mucho poder. Pero eso, como diría uno de sus héroes favoritos, tiene también un precio: conlleva grandes responsabilidades.